

LI

Recíbela Gofredo y la defiende,
 Y al mirarla descubre extraña cosa;
 Que de su cuello á un hilo atada pende
 Carta que la ala encubre cuidadosa;
 La desata y desdobra, y bien entiende
 Lo que contiene en no prolija prosa.
 "Al señor de Judea (así decia)
 "Salud grata el Soldan de Egipto envia:

LII

"No desmayes, señor, resiste fuerte
 "Hasta pasado el cuarto ó quinto dia;
 "A librarte yo vengo y defenderte,
 "Y á castigar del franco la osadía."
 Fué este el secreto que entregó la suerte
 A Bullon, y que el bárbaro escribia
 Por medio del correo aquel volante
 Que desde tiempo antiguo usó el Levante.

LIII

Él suelta la paloma agradecido,
 Y ella, cual si traidora se creyera
 Porque el secreto descubierto ha sido,
 No retornó, cuitada mensajera.
 Gofredo, que el Consejo ha reunido
 Vista la carta, habló de esta manera:
 "Veis aquí cómo todo nos revela
 "Aquel Señor que por nosotros vela.

LIV

"No creo que tardar ya más debemos
 "Pudiendo abrir de nuevo la campaña.
 "La fatiga y sudor no perdonemos
 "Para ganar del Austro la montaña.
 "Duro el paso á las armas hallarémos,
 "Mas no imposible á vuestro arrojo y maña.
 "Méno fuerte ha de ser por allí el muro,
 "Que el agrio sitio hace creer seguro.

LV

"Tú, Raymundo, á ese lado lleva el daño
 "Con máquina que al muro recio ofenda:
 "Yo haré á la fuerza de mayor tamaño
 "Que á la puerta del Norte el frente extienda.
 "Cuando ese ataque vea, y en su engaño
 "El enemigo á aquella parte atienda,
 "Luego la torre grande avance presta,
 "Y sus golpes dirija á parte opuesta.

LVI

"Tú, Camilo, te mueve á ese momento
 "Con la tercera torre á mí cercano."
 Calló. Raymundo que le oía atento
 Y meditaba, dice en tono urbano:
 "De Gofredo al prudente pensamiento
 "Quitar ó añadir algo fuera vano;
 "Sólo además de él, yo opinaria
 "Mandar al campo hostil algun espía,

LVII

"Que su número cuente verdadero
 "Y lo que el enemigo hacer intente."
 Dijo entónces Tancredo: "Un mi escudero
 "Puede ese oficio hacer perfectamente:
 "Activo y diestro es, de pié ligero,
 "Vivo y audaz, mas cuanto audaz, prudente;
 "Habla diversas lenguas, y su acento
 "Variar sabe y el porte y movimiento."

LVIII

Llamado viene aquel, y en cuanto entiende
 Lo que Gofredo y su señor queria,
 Alzó el rostro y rió. Llenar emprende
 Su encargo, y dice: "Al punto estoy en via,
 "Pronto estaré donde aquel campo extiende
 "Sus líneas, ignorado y cauto espía;
 "Pasaré de dia claro sus piquetes,
 "Y sus peones contaré y ginetes;

LIX

“ Cuánta y cuál es la fuerza, y lo que quiera
 “ Su jefe hacer, deciros os prometo;
 “ Sabré yo penetrar su mente entera
 “ Y del pecho sacarle su secreto.”
 Así dice Vafrino, y más no espera;
 Cambia en un largo manto su colete,
 Dejá desnudo el cuello, y un turbante
 Enreda en su cabeza en un instante;

LX

De Siria el arco toma y el aljaba,
 Y en bárbaro parece convertido.
 Asombraba el oírle cómo hablaba
 Todo oriental idioma conocido:
 Al egipcio ó fenicio así imitaba,
 Que en Tiro ó Memfis fuérale creído;
 Un árabe corcel monta que apénas
 Huella imprime en las móviles arenas.

LXI

Antes del tercio día, los cruzados
 Las escabrosas vías compusieron
 Y estaban sus aprestos acabados;
 Que ni un punto el trabajo interrumpieron.
 Aun de noche, á sus miembros fatigados
 Ni sueño ni descanso concedieron;
 Y no hay cosa que impida ó que retarde
 Que hagan de su poder extremo alarde.

LXII

El día ántes que el ataque diesen
 Gofredo en oración las horas cuenta,
 Y dispone que todos se confiesen
 Y el pan gusten que el ánima sustenta.
 Máquinas y armas muchas que pusiesen
 Hace donde emplear ménos intenta.
 Al pagano engañado ver halaga
 Que la más fuerte puerta es la que amaga.

LXIII

Mas luego que cerró la noche oscura,
 La vasta y ágil máquina es llevada
 Donde el muro, corriendo en derechura
 No hace ángulo ni esquina reforzada.
 Raymundo con su torre, de la altura
 Del cerro, la ciudad ve dominada:
 Con la suya Camilo se avecina
 Al lado en que al Poniente el Norte inclina.

LXIV

Al tiempo que en Oriente se adelantan
 Las nuevas luces, anunciando el día,
 Advierten los paganos, y se espantan,
 Que la torre no está donde solía,
 Ven que por varias partes se levantan
 Otra torre y aun otra que no había,
 Y en número infinito están dispuestas
 Catapultas, arietes y ballestas.

LXV

No anda la turba de Soría tarda
 En levantar reparos y trincheras
 Donde venir las máquinas aguarda
 Que de un lugar á otro van ligeras.
 Como sabe Bullon que á retaguardia
 Tendrá pronto de Egipto las banderas,
 A Güelfo y los Robertos dice: “Armados
 “ Habéis de estar, dispuestos y montados.”

LXVI

“ Y cuidar de que en tanto que yo asciendo
 “ Por las partes del muro practicables,
 “ No un enemigo, súbito viniendo,
 “ Nos halle por la espalda vulnerables.”
 Calló. En tres puntos al ataque horrendo
 Tres columnas dispone formidables.
 Su gente el Rey opone á cada lado,
 Que de nuevo las armas ha tomado.

LXVII

El mismo viste al cuerpo vacilante,
 Grave ya por la edad y tembloroso,
 Las armas ya no usadas, y adelante
 A encontrar á Raymundo va animoso;
 Soliman á Gofredo. El fiero Argante
 A Camilo, á quien se une el valeroso
 Sobrino de Bohemundo, que por suerte
 Al que era su contrario dió la muerte.

LXVIII

A disparar comienzan los arqueros
 Flechas envenenadas y mortales,
 Y de saetas miran los guerreros
 Nublarse los espacios celestiales.
 Mas, con fuerza mayor, tirós certeros
 Despedían las máquinas murales
 Marmóreas balas, gruesas y pesadas,
 Y vigas con las puntas aceradas.

LXIX

Cada roca, de un rayo fuerza tiene,
 Y así destroza miembros y armadura,
 Que no sólo alma y vida á quitar viene,
 Mas al cuerpo y al rostro la figura.
 No en la herida la lanza se detiene,
 Que aun del golpe despues su ímpetu dura,
 De un lado al otro pasa, huye y se aleja
 Y al huir tras de sí la muerte deja.

LXX

Aunque el cristiano tan furioso embista,
 La defensa no dejan los sitiados;
 Contra los tiros tela floja lista
 Tienen y cuerpos blandos preparados.
 Los golpes, como nada les resista,
 Sin efecto hacen ir amortiguados;
 Y donde ven contraria parte expuesta,
 Con sus armas volantes dan respuesta.

LXXI

Con todo eso, no cesa en el avance
 El sitiador que tres columnas mueve.
 Quién se abriga, en los zarzos, del alcance
 De tanta flecha que en su torno llueve;
 Quién la máquina impele á todo trance
 Que cuanto puede el defensor remueve.
 Prueban las torres á lanzar el puente,
 Bate el ariete con la herrada frente.

LXXII

Reynaldo quedó está, como quien duda
 Que digna fuese dél una pelea
 En que se vence con plebeya ayuda.
 La vista en torno gira, pues desea
 Algo á que el vulgo por temor no acuda
 Y al más noble valor guardado sea.
 Donde el muro, por ser más fuerte y alto
 Ninguno ataca, él quiere dar asalto.

LXXIII

Vuelto á los caballeros más famosos
 De quienes fué Dudon jefe querido,
 “Mengua es—grita—guerreros valerosos,
 “Que aquel muro no sea acometido.
 “No hay riesgo para pechos animosos;
 “Todo camino es llano al atrevido:
 “¡Sús, al ataque! De los golpes crudos
 “Unidos nos defiendan los escudos.”

LXXIV

Se le unen todos, luego que oyen esto,
 Y alzados los escudos en hilera,
 De acero un techo forman bien dispuesto
 Contra la tempestad que ya se espera.
 Aprisa avanzan bajo aquel mampuesto
 Sin que detenga nada su carrera;
 Que la tortuga fuerte los ampara
 Contra cuanto sobre ellos se dispara.

LXXV

Llegan al muro. Entónces endereza
 A él Reynaldo, escala prolongada
 Que maneja con tanta ligereza
 Cual caña que del viento es agitada.
 No le impide subir con gran presteza
 Saeta, lanza ó viga disparada.
 Su intrépido valor no conmovieran
 Olimpo y Osa si sobre él cayeran.

LXXVI

Selva de flechas bárbaras sostiene
 En su espalda, en su escudo una montaña;
 Con una mano asido el muro tiene,
 La otra su frente á proteger se amaña.
 Lleno de emulacion, en pos dél viene
 El gallardo escuadron que le acompaña.
 Muchos como él subiendo el muro escalan;
 Mas no en fortuna ó en valor le igualan.

LXXVII

Muere alguno, otra cae; con serena
 Faz, él sigue; ya exhorta, ya amenaza;
 Llega donde alcanzar puede la almena;
 Los brazos tiende, y el adarve abraza.
 Mucha gente le ataca, de ira llena,
 Y de precipitarle busca traza.
 ¡Cosa admirable! Al escuadron que embiste,
 Solo y suspenso al aire, bien resiste,

LXXVIII

Y resistiendo avanza y más se esfuerza
 Que, cual palma que grave peso aguanta,
 Con ser doblada cobra mayor fuerza
 Y tras presion mayor más se levanta.
 A todos vence al fin y hace que tuerza
 Su direccion toda arma, ó la quebranta.
 Vencedor salta al conquistado muro
 Que hallan los otros ya libre y seguro.

LXXIX

Al que le sigue, de Gofredo hermano,
 Que de caer en grande riesgo mira,
 Tiende la vencedora amiga mano
 Y á que el segundo suba á sí lo tira.
 Bullon en tanto está de allí lejano
 Donde la lid con varia suerte gira,
 En que solos los hombres no pelean,
 Sino tambien las máquinas guerrear.

LXXX

En la muralla estaba un tronco alzado
 Que de una nave entena habia sido,
 Y en él un gran madero atravesado
 Con su extremo de hierro guarnecido.
 Éste hácia atrás con cuerdas estirado,
 Adelante con fuerza es impelido:
 Tal la tortuga esconde la cabeza
 Y la vuelve á sacar con más fiereza.

LXXXI

Da ese ariete en la torre, con tan duras
 Embestidas y golpes tan veloces,
 Que las fuertes amarras y junturas
 Cedian á los ímpetus atroces.
 Ese lance previendo, armas seguras
 La torre trae: dos inmensas hoces
 Por uno de sus lados fuera extiende
 Y el cable corta de que el leño pende.

LXXXII

Cual grande roca que del monte lanza
 Su vejez ó los recios aquilones
 Con ruina rueda, arrastra cuanto alcanza,
 Selva, ganado, gente, habitaciones;
 Así la enorme viga se abalanza
 Con tropa, almenas, cantos y merlones:
 A su golpe la máquina rechina,
 Tiembla el muro, rimbomba la colina.

LXXXIII

Bullon, todo arrollando, va adelante
 Y el muro ocupar cree victorioso,
 Cuando un fuego pestífero, humeante,
 Ve, que contra él se avienta presuroso.
 No arroja de su seno fulgurante
 Más llamas Mongibelo cavernoso;
 Ni tantos del Estío á los ardores
 En India llueven cálidos vapores.

LXXXIV

Vasos, ruedas y teas vense ardiendo
 Con negra llama ó de color sangrienta,
 Insufrible el hedor, el trueno horrendo;
 Ciega el humo; avanzando el fuego aumenta.
 Ya va el húmedo cuero pareciendo
 Defensa apénas á su accion violenta;
 Suda y se encoge ya; si más se tarda
 El socorro del cielo, es fuerza que arda.

LXXXV

El magnánimo jefe, delantero
 A todos, ni color ni puesto muda.
 Golpe de gente á refrescar el cuero
 En él agua virtiendo, hace que acuda;
 Muy poca queda; aprieta el riesgo fiero
 Y de salvarse el más valiente duda,
 Cuando un súbito viento se alza, y luego
 Contra los que le hicieron vuelve el fuego.

LXXXVI

Lleva el recio turbion atrás la llama
 Donde pendía la tendida tela,
 Que blanda y seca en un punto se inflama;
 Por las trincheras el incendio vuela.
 ¡Oh insigne Capitan! Cuánto te ama
 El gran Dios que por tí continuo vela:
 Lidian en tu favor los elementos
 Y obedientes tu voz oyen los vientos.

LXXXVII

Viendo Ismeno las llamas sulfurosas
 Contrariar su diabólico proyecto,
 Intenta, con sus artes mentirosas
 Contrastar de natura el propio efecto:
 Sube al muro; dos magas espantosas
 Con él van, cual Megera y cual Alecto;
 Él torvo, negro, escualido y con vieja
 Barba, á Caron ó á Pluto se asemeja.

LXXXVIII

Al cielo con blasfemia horribie insulta
 Que á Flegetonte y á Cocito espanta;
 Se turba el aire, el sol la frente oculta
 En negra nube cual espesa manta,
 Cuando despide la alta catapulta
 Enorme peña, con violencia tanta,
 Que cogiendo á los tres su furia ciega
 Su sangre y huesos por el muro riega.

LXXXIX

Tan menudos, sangrientos, los pedazos
 Quedaron de sus cuerpos esparcidos,
 Que ménos por pesados duros mazos
 De cibera los granos son molidos.
 Los malignos espíritus, los lazos
 De la vida rompiendo con gemidos,
 Huyen á las regiones infernales:
 De esto piedad aprendan los mortales.

XC

La torre que del fuego salvó el viento,
 Tan cerca ya de la ciudad se halla,
 Que pudo echar con sólo un movimiento
 El movedizo puente á la muralla;
 Mas Soliman que acude allí violento,
 El paso angosto por cortar batalla,
 Y los golpes redobla, y lo cortara,
 Si otra torre en tal punto no llegara.

XCI

Tanto la enorme máquina se eleva,
 Que al más alto edificio en mucho excede.
 Pasma á los moros ver cosa tan nueva
 Y que su alta ciudad tan baja quede.
 El turco fiero, aun bien que sobre él llueva
 Nube de piedras, su lugar no cede:
 Aun espera cortar la puente enhiesta
 Y anima á los que temen ó denuesta.

XCII

Entónces á Gofredo se aparece
 Miguel, para los otros invisible,
 Con celeste armadura, y oscurece
 Al sol, cuando más brilla bonancible.
 Dice: "Gofredo, el tiempo ya fenece
 "Para Sion de esclavitud horrible.
 "No inclines la turbada vista al suelo;
 "Mira el auxilio que te manda el cielo.

XCIII

"Alza los ojos para ver que inmenso
 "Ejército inmortal los aires llena:
 "Yo para tí descorro el velo denso
 "De vuestra humanidad, á quien por pena
 "Le está el sentido celestial suspenso.
 "Tú, gozando inmortal vista serena,
 "Sin cegar, ver podrás breves instantes
 "Las angélicas formas rutilantes.

XCIV

"Los que fueron de Cristo campeones
 "Y hoy santos gozan la mansion divina,
 "Ve cómo ahora siguen tus pendones
 "A la final victoria ya vecina;
 "Mira entre el humo y polvo y nubarrones,
 "De las moles postradas la rüina.
 "Allí en la oscura niebla Hugo combate
 "Y las torres altísimas abate.

XCV

"A este lado Dudon que la del Norte
 "Fuerte puerta, con hierro y fuego asalta,
 "Ve cómo armas ministro y cómo exhorte
 "A subir, y la escala tenga alta.
 "Y á ese en el cerro, á quien modesto porte
 "Y la sacerdotal corona exaltá,
 "El pastor Ademaro, alma felice
 "Que aun de allí te distingue y te bendice.

XCVI

"Los ojos más levanta, y ordenada
 Toda verás allí la santa hueste."
 La vista alzando, innumerable, alada
 La milicia aparécele celeste.
 Tres grupos son, que en serie prolongada,
 Círculos forman del Ocaso al Este
 Más dilatados son los exteriores;
 Cuanto al centro se acercan son menores.

XCVII

Cierra al brillo los ojos un instante;
 Los vuelve á alzar, y nada ya parece;
 A todas partes mira y ve triunfante
 Su gente, á quien el cielo favorece.
 Van con Reynaldo muchos adelante,
 Y la matanza de paganos crece.
 Juzga indigna Bullón mayor espera,
 Y arrebatá á un alferez la bandera.

XCVIII

Pasa el puente el primero, impetuoso
 Le encuentra Soliman á media via;
 En espacio pequeño, el horroroso
 Combate con igual valor se hacia.
 Grita el feroz Soldan: "Yo doy gozoso
 "Por las de otros salvar, la vida mia;
 "Amigos, tras de mí cortad sin miedo
 "El puente; aquí no fácil presa quedo."

XCIX

Mas venir á Reynaldo ve corriendo,
 Y todos huyen dél; ya está cercano.
 “¿Qué haré?—dice—Si aquí la vida vendo,
 “Será perdida en sacrificio vano;”
 Y de defensa medios discurriendo,
 Da el paso libre al Capitan cristiano,
 Que le amenaza y sigue, y de la santa
 Cruz, en el muro el estandarte planta.

C

Con mil giros la enseña vencedora
 Altivamente revolando ondea;
 Suave el aura parece que la adora;
 Que del día la luz la lisonjea;
 Que dardo agudo ó flecha voladora
 Que á ella tiren, declina ó se voltea;
 Y que Sion y el monte que está al frente
 Se inclinan con respeto reverente.

CI

De victoria alto grito, inmenso, lanza
 De la Cruz el ejército triunfante:
 Resuena el monte; á repetir alcanza
 Eco el último acento. En ese instante
 Tancredo abate la última esperanza
 En la defensa que le opuso Argante.
 Su puente arroja al muro, entra de un salto,
 Y el cruzado pendon levanta en alto.

CII

Mas hácia el Sur en que batalla hacian
 Raymundo y el señor de Palestina,
 Los gascones guerreros no podian
 La torre á la ciudad poner vecina,
 Que al Rey mayores fuerzas acorrian
 Y la defensa más y más se obstina;
 Que aunque fuera más débil allí el muro,
 Las máquinas le hacian más seguro.

CIII

Fué tambien que no pudo hácia ese lado
 La gran mole avanzar rápidamente;
 Que del arte á pesar, el escarpado
 Sitio, que se aproxime no consiente.
 Unos y otros oyeron el alzado
 Grito de la victoria, claramente;
 Y el Rey creyó, y el conde tolosano
 Que la ciudad ya entrada es por el llano.

CIV

Grita Raymundo: “Alzad el estandarte;
 “Ya es, compañeros, la ciudad ganada.
 “¿Y aun vencida resiste? ¿Solos parte
 “No serémos en la ínclita jornada?”
 El Rey, cediendo al fin, de allí se parte
 Que la defensa ve desesperada;
 Y en lugar alto y fuerte se atrinchera,
 Donde el asalto resistir espera.

CV

Entran los tercios todos vencedores
 No por los muros sólo, por las puertas.
 Las obras hierro y fuego destructores
 Arruinadas dejarón y desiertas.
 La ira cesa. La muerte en mil horrores,
 Su compañero el luto, formas yertas
 Que fueron hombres vivos y ya espiran,
 Y de sangre un raudal, sólo se miran.